

Fue a través del cristal curvo, sembrado de finas, caprichosas, pelusas y motas de polvo; de la triste delicadeza del filamento de wolframio cortado, mutilado, de la bombilla de noventa del aplique sobre el recibidor del portal, que estaba cambiando, cuando borrosa y apenas entrevista, deformada y tamizada por el polvo, atisbé por vez primera la luego inconfundible, inolvidable silueta de Corinne...

Antonio, te vas a ir de morros p´al suelo.

Corinne apareció agarrada a dos grandes maletas que depositó no sin esfuerzo en el suelo aun húmedo de loseta rosada y la silla se me removió por debajo justo de los zapatos.

¿La ayudo señorita?

No se pgeocupe, solo voy al pgimego.

Y después de echar un vistazo al portal y al espejo dorado, a las paredes enmoquetadas y al vecino del cuarto, al aplique desnudo y la bombilla rota y la bombilla nueva y la silla temblando bajo los viejos zapatos y los calcetines sudados y los pies tiritando, cruzó el recibidor dejando un rastro de huellas negras, de huellas sucias de charco y chancla de guiri de Ibiza, de Málaga o de Palma de Mallorca... y escapó de mi vista escaleras arriba, meneando el culo por debajo de la falda tableteada.

Menuda pájara ¿eh, Antonio? no se te escapa ni una.

Por Dios, Don Anselmo...

Corinne era francesa, de *St-Étienne-de-Montluc*, según pude constatar después, para más señas; una ciudad pequeñita, medio escondida en la breña francesa entre *Nantes* y el amplio estuario que forma el *Loire* al entrar al Atlántico. Corinne era pequeñita, pecosa y rubia y tenía algo de primitivo o de salvaje en su mirada brillante,

en la inocente lascivia que destilaba al andar, al contonearse bajo la blusa justa y la falda escasa, al agacharse a recoger los apuntes de econometría desparramados como un alud de bendiciones por el rellano. Corinne era una lolita gala escapada de un cómic de Asterix, una Erasmus en toda regla: estudiante de economía, aplicada y guerrillera, zalamera y fatal.

Joder con la francesita.

Haga usted el favor...

Corinne se instaló en el 1º A, que es el que está justo enfrente del 1º B, que es donde viven la mujer y los hijos y sobrevivo yo, el portero del edificio. Las ventanas de Corinne dan donde dan las mías, a ambos, a Corinne y a mí, nos llega de abajo, del patio de luces, los ruidos del bar, los maullidos nocturnos y el hedor de los pises de gato. Corinne decoró su cuarto con un mapa del mundo y otro de Francia, con un póster de *Titanic* y otro de *Moulin Rouge*, dos peluches y un diploma; dos sombreros, uno de pescador y otro de *cowboy*; una postal de París y dos de Roma, una de Ámsterdam, una de Bergen y tres de Kansas City; además de tres fotos de Tom Cruise y cuatro de Brad Pitt. También llenó un corcho en la pared de fotos donde aparecía invariablemente rodeada de jóvenes de rostro rosado o amarillento, negro o marrón, atacados de vino malo y de largos desvelos, de niñez mal curada y alevoso desenfreno; y una estantería de libros de Kerouac y de Kundera, de Camus y de Steinbeck y de cuentos de Poe; diccionarios frances-español; guías y mapas tipo “conozca España en dos semanas” y velas de colores y quemadores con sus correspondientes y aromáticas esencias.

Antonio, que dice el niño que no encuentra otra vez los prismáticos.

Y a mí qué coño me cuentas...

Corinne apenas pasa el día en su apartamento. Sale para clase a las ocho treinta de lunes a jueves y coge el bus que para en el campus (lo espera en la esquina de la ferretería, con los brazos juntos, sobre el vientre, sosteniendo la cartera y la mirada fija en el cartel de la parada. Una foto de niña buena). Los viernes, si no llueve, sale a las diez y se va dando un paseo. Después de las clases almuerza en un comedor universitario. Allí se colocará en la cola sujetando la bandeja, estirando la falda que todos quisieran estirar, palpar, incluso paladear... para que vean lo corta que es, lo bien que la sienta, lo bien que le marca el trasero... y la dejen pasar delante con el insoslayable trance de la mirada furtiva, del interno y desconsolado babeo... Corinne tomará allí mismo café, lentamente y con cuidado, con cuidado de no apartar la mirada de los ojos, de los labios del interlocutor, mientras él se va acalorando (cómo la encanta que cuando le hablen se vayan acalorando). El café que traspasa la boca lento y suave y aguarda oportuno en las comisuras de los labios; el café que Corinne enjuga con maestría, con la punta de la lengua, sin excesivo contoneo, apenas un leve deslizar de la punta rosada de un lado a otro lado, de arriba a abajo, un leve parpadeo y una media sonrisa... Luego Corinne se levanta y se va.

Seguro que no veamos póg aquí

Sobre las ocho Corinne regresa al apartamento. Prepara un baño espumoso y caliente. De la ventana se apodera una leve pátina de vapor perfumado, perfumado por el gel, perfumado por su hálito, por la esencia de su piel sembrada de feromonas y otros emisarios del pecado. Apenas se logra intuir su silueta tras el cristal semiopaco: una melena mojada, una piel blanca y húmeda acariciada una y otra vez por el oscuro color de una toalla de rizo americano. Cuando Corinne abre la ventana del baño, inclina adelante las caderas turgentes, apenas mórbidas y entrevistas por encima del alféizar, y

extiende el brazo agarrando el pestillo, la toalla apretándole el pecho, anudada en el centro en escote palabra de honor (palabra que es ahí donde debe empezar el camino del cielo), mientras, se escapa un mundo de vapores y aromas cargados de mudo intimismo, que se extiende por el patio y que aterriza y se instala, suerte que tienen, en los hocicos lastimeros, lameruzos, de los gatos.

Papá ¿qué haces con los prismáticos?

Papá está vigilando el edificio, anda, vete a ver la tele.

Una vez descansada, y libre de toda impureza Corinne se entrega a su pasión culinaria, una pasión hondamente salvaje, meticulosa y desenfrenada. Una pasión inconfesable y morbosamente calculada. Hoy Corinne ha cogido el cuchillo más largo que cuelga de la pared, el cuchillo al lado del fogón de madera, con pucheritos en miniatura, para colgar las llaves, que reza *Dios bendiga este hogar*. El filo resplandeció un instante a través de la ventana, justo antes de adentrarse, de deslizarse a través de la carne, de cordero y de cerdo, extendida y sangrante sobre la mesa. Corinne lo maneja con suavidad, con inocencia abstraída al vaivén de la carne abierta, al movimiento rítmico de sus caderas. Luego coge un mortero y se lo acerca al pecho para machacar violentamente, con enérgicos golpes de brazo, el jengibre y los clavos de giroflé, que se van triturando en una cadencia sublime de gestos duros y movimientos blandos, de madera y de carne subiendo y bajando. En esos momentos Corinne tiembla por entero, dejada llevar por el brazo, sosteniendo un temblor brusco, epiléptico, como en un orgasmo fingido al que siguiera el eterno descanso. Las carnes reciben después todo lo triturado y, bañadas en claras de huevo (la clara le resbala por el brazo a Corinne, como un río desorientado o una lengua ávida de piel o de lugares más recónditos y ocultados) se preparan para ser amasadas con la palma de la mano. Corinne hace un alto en el

ritual. Saca y enciende un cigarro que se lleva lentamente a la boca, mirando a través de la ventana, hacia la oscuridad de mi sombra, Sus labios se han curvado hacia fuera con cada calada y ahora con cada sonrisa, con cada mirada..., una última bocanada y la colilla pasea su punto de luz sobre el patio, lanzada hacia mi ventana. Luego separa las piernas, extiende las palmas y masajea salvajemente la carne apilada como una malherida espalda, restregando cada fibra, acariciando enfervorizada cada rincón último de cada entraña, separándola en bolas, redondas y verdes, del tamaño de las manzanas. Luego Corinne juega con las pelotas de carne como una niña malcriada, tiene algo de obscenidad maligna la insistencia en sus miradas furtivas, en su introducir y apretar las pelotas, hondamente, dolorosamente, como esas de goma que venden por antiestresantes. Después desaparece mientras se cuecen en agua salada y cuando vuelve las escurre y ensarta, una a una, en delicados palos, y lo hace, también, lentamente, deleitándose, sintiendo el proceso de la carne penetrada, atravesada, antes de ser devuelta al fuego. Mientras se tuestan, Corinne mezcla harina y perejil por lo que luego pasea las brochetas antes de encender el último cigarro, de esbozar una última sonrisa y despedirse con un último y lascivo gesto mientras la colilla surca el aire y atraviesa de nuevo, como un ascua de encendida pasión, el umbral de mi ventana. La luz de la cocina se apaga. Por el patio se extiende un profundo aroma a carne tostada, un aroma que convoca el deseo, que congrega a vecinos y a mirones, a los gatos y a las sombras; que cubre y envuelve el silencio como una cortina de humo, un humo erotizante como un velo de muselina, espeso y embriagador , un humo...

¡Ay, que disgusto, Antonio, que se nos quema el piso! ¡Te dije que no volvieras a fumar dentro de casa!

Mujer...

Aquella noche sonó el timbre una hora después. Era Corinne.

Les vengo a traer unos *pommeaux*

Huy, que chica más amable, ¿unos qué?

Pommeaux

Mira, Antonio lo que nos ha venido a traer la chiquita de enfrente. Unos...

Pommeaux

Unos pomó ¿Antonio? Pasa, hija, pasa; ah, que esperas visita... bueno, pues otra vez será. El humo, ná, mi marido, que ha prendido las cortinas... por poco nos abrasamos...

Y no salí del baño hasta que no se fue. Cuando lo hice me esperaban en la cocina un par de pelotas de carne, los pomó. Casi era pecado despedazarlos con el tenedor, pinchar su carne, aquella carne modelada por los dedos de Corinne, y llevarla hacia la boca. Pero qué pedazo de pecado, porque en aquel momento estaba en comunión con la Diosa creadora de aquel manjar, estaba en comunión con la blancura de las palmas de sus manos, con la firmeza curva y tibia de sus caderas, de sus muslos, de sus nalgas y sus piernas... mientras, la carne me recorría la garganta y sin pasar por el estómago anidaba sin demora en el sexo y en el alma... Corrí lo antes que pude a mirar de nuevo por la ventana. Corinne estaba allí, recortada su silueta en la ventana, pero una luz se hizo más fuerte y alguien entró por detrás en la cocina llevándole a la boca con el tenedor un trozo de pomó, llenándose después de besos y de saliva, abrazándola por la cintura y levantándole la falda sobre la mesa... Tuve que salir corriendo, enloquecido, abrí con cuidado la puerta de casa, no era plan de escandalizar, todos los demás dormían, y me quedé pegado al timbre de Corinne; me abalancé sobre el muchacho que me abrió la puerta, lo debí golpear fuerte porque quedó sin sentido. Avancé a oscuras

por la casa, Corinne aguardaba allí adelante en algún punto escondido tras la penumbra... su habitación destilaba un aroma fresco y vigoroso, como el de un huerto lleno de maduras manzanas, manzanas que fuéramos a robar de noche como chicos traviesos. Corinne aguarda tendida sobre el edredón, con un salto de cama que la oscuridad hace azul o negro. Corinne ronronea como una gata en celo. Me esperaba, me recibe con los brazos abiertos, me ofrece un pomó para que lo muerda, para que la muerda, para que la saboree por dentro y por fuera...

Ay, Antonio, que felicidad me das...

Y la busco una y otra vez entre las sábanas, busco su pelo rubio y brillante, busco cogerlo y atraparlo, hacerlo desparramar por mis hombros, por mi cuello y por mi cuerpo, al tiempo que cubro de besos la piel blanca de las palmas, de los brazos... e insalivo su cuello, los pechos duros, pequeños, enhiestos... y el ombligo profundo, y el vientre liso y el sexo hambriento...

Ay, Antonio, para mí que esto son los pomó...

Corinne se desenvuelve como una bestiecilla salvaje, tiene algo de atávico o de gratamente inhumano en su gemir ronco, en su moldearme en sus manos, en su lacerarme afilado (mi espalda va quedando poco a poco más castigada que el mismísimo lomo de Kunta Kinte), en su derramarse entre la tela como un metal fundido ypreciado.

Con cuidado Antonio, que están los niños...

Corinne saca una fuerza descomunal de sus delgados miembros, sus músculos se contraen, se tensan en ritmos largos, en ritmos lentos, en ritmos largos, en ritmos lentos... mientras resopla entre jadeos, más que ronroneos, profundos y cadenciosos rugidos o estertores entreoídos en la jungla nocturna, húmeda de sudor benigno, de subversivos fluidos

Antonio, estás como ido, estás que no estás.

Aaaah, Corinne.

¡Antonio! ¿Qué has dicho?

Corinne se deshace por fin en convulsiones, en una cadencia violenta de temblores internos. Su gemir es un eco profundo que traspasa paredes y traspasa ventanas, que anida en los tímpanos y golpea en las puertas y pulula en el aire mezclándose con el aroma de los pomó, para tormento de los vecinos y de los gatos.

Ay, que disgusto, Antonio, estabas pensando en la chiquita de enfrente.

Que va, mujer, es que me estaba acordando de los pomó.

Y cuando acaba el asunto y me levanto, cuando duermen la mujer y los niños y hasta los gatos, me acerco de nuevo a la ventana y contemplo la silueta de Corinne, el punto rojo de su cigarro. Apenas se pueden divisar sus ojos en la oscuridad, sí se puede percibir un brillo fugaz, casi un centelleo, que baila un instante en sus pupilas, que se desliza surcando el cuerpo ahora por fin calmo y en paz... Corinne me mira y lanza de nuevo su colilla hacia mi ventana. Es su desafío. Es su juego al que no dejará de jugar. Corinne sabe que esta noche la he pasado con ella, que he sido de ella... Sabe que la adoraré como nadie en mi fantasía, sabe que esperaré pacientemente, elucubrando, soñando el momento justo en que sus palmas amasen de nuevo la carne y sus caderas y sus brazos provoquen su ritmo irrefrenable, el momento en que comience el juego de nuevo, el momento en que Corinne se decida de nuevo a cocinar sus *pommeaux*.